

de su más glorioso timbre, confundiéndole con material volante que sólo se mueve cuando al maquinista se le antoja enviar vapor al cilindro; creo que la sola expuesta es suficientísima para desenmascarar á la mejor embozada y más alucinadora que concebirse pueda.



II

Distínguese asimismo el espíritu humano de las fuerzas físicas, porque en aquél hay unidad de operación y en éstas sucede lo contrario.

Si por la manera de comenzar el alma humana sus acciones se diferencia esencialmente de los *grandes agentes de la naturaleza*, atendiendo á sus respectivos modos de obrar, nos convenceremos de que entre una y otra existe un abismo infranqueable. Ya queda dicho que en las fuerzas materiales existe equivalencia completa entre el efecto y la causa. Me place insistir en esta idea porque es muy fundamental, y por eso mismo no tan fácil de ser expuesta en sucintas palabras.

Las fuerzas físicas obran instantáneamente y cada parte de por sí, mientras que el alma lo hace á la continua y sin distinción de partes. Explicaré tan abstruso concepto sirviéndome de ejemplos puestos al alcance de todos, y muy particularmente de los *científicos*. Sea un riachuelo que, echando espumarajos como corcel desbocado, se precipita desde lo alto de una montaña formando en su trayecto una cascada de dos metros de desnivel con 75 litros de agua por segundo; claro está que la fuerza de tal arroyo será de dos caballos de vapor. Esta fuerza, aunque equivalente siempre á dos caballos, varía ó es indudablemente distinta en cada segundo, ó mejor dicho en cada fracción infinitesimal de tiempo. Porque, ¿cuál es la causa de la fuerza desarrollada en cada instante? El agua que cae desde dos metros de altura; y como el agua que cae en un momento dado es individualmente distinta de la que cae en los sucesivos, queda evidenciado cómo la fuerza material obra instantánea-

mente y deja de existir pasando á un nuevo modo de ser sin dejar rastro de la anterior. Y para que no se nos objete lo singular del caso y lo grosero de la materia escogida para ejemplo, aplicaremos lo antes expuesto á la tensión del vapor, sin olvidar la misma sutilísima electricidad.

Como con la imaginación son tan fáciles y económicos los viajes, nada nos cuesta el presentarnos de improviso, y en el momento de estar cargando un buque, en un puerto de mar, y, oficiando de maquinistas, hacer que la grúa translade del muelle al buque una tonelada de peso por cada metro cúbico de vapor consumido. La fuerza productora del trabajo no es otra que la tensión del vapor sometido á elevada temperatura; si la máquina fuese perfecta, saldría del cilindro el vapor completamente frío y sin tensión alguna. Al ser lanzado á la atmósfera el primer metro cúbico se encuentra sin fuerza, por haberla consumido en la resistencia vencida, mientras el segundo metro cúbico está aún hirviendo en

la caldera con toda su energía; equivalente, es cierto, á la del primero, pero individualmente distinta, puesto que cuando la de éste se ha reducido á la nada, á cero, se halla aquél en el pleno goce de su arrolladora pujanza. Y así como hemos tomado por unidad el metro cúbico, pudiéramos haber elegido el decímetro, el centímetro, el milímetro, etc...., con sus correspondientes trabajos; por manera que cada cantidad insignificante de fuerza tiene su peculiar existencia independiente de la demás, y á la cual corresponde también cierto trabajo, asimismo individual y propio suyo.

Y si continuamos nuestra ascensión de lo más grosero y tangible á lo más delicado y sutil, hasta colocarnos en el extenso campo de la electricidad, veremos que si un dinamo produce 40.000 wats á 700 revoluciones por minuto, su energía, aunque equivalente siempre mientras permanezca constante, el número de vueltas del inducido es distinta individualmente en

cada instante, así como también lo son sus efectos. Y tanto es así, que podemos recoger y almacenar parte de ella, por ejemplo, los *coulombs* producidos en media hora, dejando que todos los restantes se consuman en vibraciones lumínicas; y lo dicho acerca de media hora es aplicable á un cuarto, á un minuto, á un segundo y á una fracción de segundo; por manera que todas las fuerzas físicas de la naturaleza, ó son compuestos de elementos individualmente distintos, ó simples que no gocen de existencia más que una fracción inapreciable de tiempo; de suerte que los agentes físicos no obran como una sola y simple causa, sino como una serie de ellas, sucediéndose con incalculable rapidez, pareciendo al que no los estudie y escudriñe su naturaleza íntima, una sola causa que permanece mientras obra.

Veamos si sucede lo propio en el alma humana, ó, por el contrario, tiene opuesto modo de obrar, y por consecuencia, opuesto ser, según el conocido principio *modus*

operandi sequitur modum essendi: del modo de obrar se sigue el modo de ser, y viceversa.

La unidad y persistencia en su ser del alma la revelan con brillantísima luz la conciencia humana, las costumbres de todos los pueblos, el lenguaje de los mismos, la voluntad, la memoria y, sobre todo, el raciocinio. Porque, efectivamente, ¿quién puede dudar de que allá, en lo más íntimo de su ser, cuando cerrando todas las puertas y ventanas por donde llegan al alma los fantasmas de lo múltiple del universo, y dirige una mirada á los insondables senos de su espíritu, se encuentra con una luminosa figura que surge de aquellas tenebrosas profundidades, bañada de luz, llena de vida, con simpática ó terrible mirada, según las circunstancias? ¿Quién puede dudar que esa figura no pierde un solo rayo de fulgor aunque el individuo se sepulte en los antros de la tierra, aunque el cuerpo se desmorone como un edificio ruinoso, aunque el tiempo se deslice en su

descomunal carrera, envejeciéndolo y marchitándolo todo, aunque no tenga un momento de reposo el cuerpo, y el espíritu sea arrastrado por el torbellino de encontradas pasiones? Esa sublime figura, que en medio de lo que con el uso se aja, se conserva siempre fresca, en medio de lo múltiple aparece siempre una, en medio de lo transitorio persevera, en medio de lo que sucumbe se halla llena de vida, es el alma humana.

¿Por qué el asesino lleva siempre manchada su frente con la sangre de la víctima, y su conciencia obscurecida por la sombra del crimen? ¿Por qué se degrada y destierra al traidor, mientras se condecora al que expone su vida y derrama su sangre por la patria, ocultándose y huyendo aquél del consorcio humano, mientras éste ostenta sobre su cabeza el lauro otorgado á su patriotismo? ¿Por qué el anciano refiere con orgullo ciertas acciones de su juventud, mientras sobre otras echa tupido velo, jamas levantado, á no ser, bien á

pesar suyo, por los cómplices de su culpa? Porque la conciencia de cada uno levanta su poderosa voz, y sin contemplación de ningún género designa como único sujeto de acciones muy diversas al mismo individuo, y nos convence de que al pasar los años, y con ellos todas las ilusiones, desencantos, simpatías, placeres, amarguras, belleza, robustez, agilidad..., arrastrado todo por la impetuosa corriente del tiempo, ha habido en medio de ese confuso torbellino una roca incommovible contra la cual se ha estrellado el empuje colosal de la sucesión. Sobre las ruinas por ésta causadas, se alza incólume como granítica atalaya el *yo*, único y permanente sujeto de aquella muchedumbre y versatilidad de cosas.

En todos los pueblos se persigue y castiga con terribles penas, y á las veces con la misma muerte, al criminal, bien sea por las faltas cometidas solamente, ó por las pasadas y para evitar las venideras. Asimismo en todas las naciones existen los contratos de

futuro; es decir, que queda aplazada la entrega de los objetos del contrato hasta determinado tiempo; para todo el mundo la promesa obliga al espirar el plazo fijado de antemano para su cumplimiento, y en castellano existe una especie de axioma vulgar muy expresivo: *lo prometido es deuda*. Todos los idiomas tienen primera y segunda persona en los tiempos pasados y futuros, y así se dice yo he hecho, hice, haría, haré, habré hecho... tal ó cual cosa; vosotros fuisteis, habéis sido, seréis... valientes ó cobardes en esta ó aquella ocasión. Y del mismo modo, aunque con signos distintos, sucede en otra lengua cualquiera.

Todo lo cual, aunque tan lejano, al parecer, á nuestro asunto, es irrefragable testimonio de que en el hombre hay algo que no pasa por donde pasan todas las cosas, quedándose él inmóvil; pues de lo contrario, injustamente se perseguiría y condenaría al criminal á no ser en el acto mismo de perpetrar el crimen, porque al concluir de blandir el arma homicida ya

no existe la fuerza que ha vertido la sangre inocente; sin razón se exigiría el cumplimiento de promesas pasadas, y se presentarían las escrituras de un contrato reclamando lo contenido en sus cláusulas, porque se podría contestar en rigor de derecho: «Entiéndase usted con la *fuerza* que pronunció aquellas palabras y trazó esos signos; aquella *fuerza* ya pasó, y Dios sabe dónde parará; la que hoy constituye mi ser es completamente distinta, y no tiene adquirido compromiso alguno.» De lo dicho se sigue que el *yo* y el *tú* en tiempos pasados y futuros serían inconcebibles absurdos, en los que había caído todo el género humano.

La electricidad, que hoy ilumina el mundo físico, podrá también arrojar alguno de sus esplendorosos rayos para esclarecer el asunto que nos ocupa. Supongamos que el inducido de un carrete de Ruhmkorff sea recorrido por una corriente de 1.000 volts de tensión, encontrándose en el circuito un tubo de Geisler que estratifi-

que y quiebre la luz en mil caprichosas formas; y entusiasmado un observador por lo sorprendente del fenómeno, se aproxima hasta tocar los reóforos y pasa por él la corriente dejándolo muerto en el acto. A nadie se le ocurrirá decir que la electricidad productora de los hermosos rayos de luces anteriores y posteriores á la desgracia fué la causa de la inesperada muerte; antes, por el contrario, la causante fué la que, en vez de invertir su energía en recreación de la vista de los espectadores, la empleó en privar á uno de ellos de la existencia. Y hasta tal punto es cierto lo expuesto, que, aun admitido el incalificable despropósito de creer en la responsabilidad de las fuerzas físicas, resultaría completamente inaplicable por dejar de existir aquéllas en el momento mismo de haber producido su efecto. Del mismo modo, si á un gran matraz de donde se estuviese desprendiendo cloro á más y mejor se aproximase un individuo, y con todo detenimiento se pusiese á aspirar el gas con

objeto de reconocerlo y estudiar sus propiedades tóxicas sobre sí mismo, y le sobreviniese la terrible tos, precursora en la mayor parte de los casos de vómitos de sangre, cuyo término suele ser la muerte, y se preguntase cuál era la causa de la tos y vómitos de sangre, desde luego se le ocurriría, aun al más ignorante en achaques de Química, una respuesta vaga y general, pero exacta, á saber: una *fuera* deletérea del cloro, capaz de desorganizar los pulmones, ¿después del hecho existe todavía esa fuerza? En manera alguna. Porque la causa de atacar el cloro á los pulmones es el necesitar del hidrógeno, de que están compuestos, para formar ácido clorhídrico; y una vez satisfecha esta necesidad, se queda tranquilo y satisfecho como la fiera hambrienta después de haber devorado la presa. Lo restante del cloro desprendido antes y después de la fatal aspiración, con su peculiar *fuera* deletérea, en nada han influido en el funesto desenlace del experimento, y si tuvieran concien-

cia la conservarían tan limpia como una patena. Con lo cual queda evidenciado que las fuerzas de la naturaleza, como materiales que son, no gozan en sus acciones de la unidad característica del alma humana; antes bien poseen un individualismo infinitesimal; es decir, que cada partecita, tan pequeña como concebirse pueda, es individualmente distinta de las demás.

Nos reservamos para luego demostrar que las fuerzas materiales dejan de existir al producir el efecto, y así quedarán desvanecidos los reparos que á la argumentación pudieran hacerse.

Si el alma humana no poseyese la unidad de que carecen las fuerzas de la naturaleza, la voluntad en el hombre sería de todo punto imposible, y todos nuestros actos quedarían reducidos á la humillante categoría de movimientos instintivos y ciegos, absolutamente privados de los más ligeros destellos de la fecunda luz que á raudales irradia de la inteligencia; porque los actos humanos tan sólo pueden llamarse voluntarios cuan-

do van informados por un conocimiento racional del objeto de sus aspiraciones, y mientras no pueda fundirse el amor y el conocimiento en un solo sujeto, jamás éste será capaz de actos voluntarios; por lo tanto, si el hombre los pone, como no cabe dudarlo, es signo infalible y prueba evidente de gozar la *fuerza* de donde proceden de la unidad, de que se hallan destituidas todas las *fuerzas* de la materia. Cierto que hoy una misma fuerza física produce efectos variadísimos, descollando en este sentido la *flexible* electricidad, con la cual lo mismo se pueden transmitir el pensamiento humano encarnado en signos ó palabras, y las delicadas armonías de un cuarteto ejecutado por maestros en el divino arte, que la fuerza mecánica y salvaje de la catarata del Niágara; lo mismo sirve para dar un chispazo y volar una mina, que para adorno del tocado de una dama, acrecentando el brillo de sus joyas y simulando otras nuevas.

Mas aunque aparentemente es una sola

la causa de tan variados fenómenos, si se estudian éstos con detención se echará de ver sin gran esfuerzo cómo la unidad de la causa es completamente ilusoria. De un solo dinamo puede salir electricidad para realizar las aplicaciones de que hemos hecho mérito; pero la electricidad que se emplea en trazar líneas y puntos en movable tira de papel para grabar el pensamiento humano ó en producir oscilaciones en vibrante placa, y con ellas en el aire que la rodea, dando por resultado sonidos articulados; y la que se consume en voltear enormes volantes, donde reaparece la colosal energía desarrollada al precipitarse en el abismo las aguas de elevado depósito; y la que marcha con la velocidad del rayo á incendiar la preparada pólvora que con pujanza superior á la del mismo Sansón ha de conmover los cimientos de rocas que coronan la montaña; y la que se entretiene en jugar con los colores del iris, comunicando inusitados matices y avalorando incompáramente los adornos femeninos, no tie-

nen otra unidad fuera de la identidad de origen, igualdad de naturaleza y semejanza perfecta en un ser particular; como si dijéramos, cuatro individuos, hijos del mismo padre, y por el hecho de ser hombres con igual naturaleza, y con un ser físico en todas sus partes semejante, y por lo tanto imposibles de distinguir sin usar de previas señales, pero que, no obstante la aparente identidad, son seres individualmente distintos con perfecta independencia en sus acciones, pudiendo existir los unos sin los otros, siendo muy dueño cada cual de sus actos, sin que sea posible hacer responsable al uno de los del otro á no mediar manifiesta injusticia, ó grosera equivocación, en una palabra, en estos individuos no habría una sola causa de las acciones de todos, sino cuatro distintas. En las fuerzas físicas no existe esa misteriosa *unidad*, que es la que da forma, ser, vida y movimiento á los actos humanos.

Queda ya consignado cómo la voluntad sin la unidad substancial, nota caracterís-

tica y distintiva al compararla con las demás fuerzas del universo material, sería de todo punto inconcebible; réstanos ahora añadir que con tanta ó más razón lo serían la memoria y el raciocinio si la *fuerza del yo* no se elevase sobre el nivel de la electricidad, el calor, la luz, la cohesión, la gravedad, la afinidad, etc... en una palabra, no saliese de la esfera de un mero movimiento material más ó menos perfecto.

La memoria viene á ser en su acepción más general, y prescindiendo del sujeto en que reside, la propiedad de retener y reproducir los pensamientos ya pasados. Ahora bien, si en la *fuerza psíquica* hubiese ese individualismo *infinitesimal*, patrimonio humillante de las demás del universo, y corriese la misma suerte de éstas, que en el momento de obrar dejan de existir, resultaría imposible el más insignificante recuerdo; porque el perder su ser el sujeto y el objeto de un acto lleva consigo el aniquilamiento de todas las propiedades de aquéllos, y por consecuencia la de repro-